

JOSÉ ANDRÉS MURILLO

confianza lúcida



uqbar
EDITORES

“La confianza ciega ya no tiene lugar en la sociedad contemporánea. En tanto, la confianza lúcida se trata de una confianza activa y comprometida consigo misma y con las condiciones que la hacen posible.”

“Necesitamos de la confianza porque somos frágiles, vulnerables, porque estamos expuestos a ser heridos o muertos por el sólo hecho de estar vivos. Podemos ser engañados, estafados, manipulados, abandonados, abusados, por el sólo hecho de entrar en contacto con otros seres humanos. Necesitamos relacionarnos con otros para llegar a ser seres humanos, pero este relacionarnos constituye la posibilidad de la traición. Para eso creamos la confianza”.



confianza
lúcida



JOSÉ ANDRÉS MURILLO

confianza lúcida



uq|bar

EDITORES

CONFIANZA LÚCIDA

Santiago de Chile: Uqbar Editores, 2012

110 p. 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8601-99-7

Materia: psicología - interés general - filosofía

CONFIANZA LÚCIDA

© José Andrés Murillo U.

© Uqbar Editores, abril 2012

www.uqbareditores.cl

Teléfono 2247239

Santiago de Chile

ISBN N° 978-956-8601-99-7

Diseño: Caterina di Girolamo

Diagramación: Salgó Ltda.

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las condiciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

La confianza, un concepto tan esquivo como necesario	13
Occidente y la desconfianza	19
Poder y miedo	25
Del poder de la violencia al poder de la confianza	31
Confianza y política	35
Crisis de la confianza	39
La confianza lúcida: una propuesta ética	47
Confianza ciega: pura ceguera	53
La confianza lúcida es un espacio	59
Confianza y reconocimiento	65
Confianza lúcida y corporalidad viva	71
Confianza y fragilidad	77
Confianza y promesa	85
Confianza, sexualidad y abuso	91
Bibliografía	103

«Es necesario una luz para ver la luz»

(Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito*)

Para ti, Antonia, y para nuestra hija Juana

LA CONFIANZA,
UN CONCEPTO TAN ESQUIVO
COMO NECESARIO



La confianza es uno de esos raros conceptos tan difíciles de definir como necesarios para comprender lo humano, así como la libertad, la justicia o la felicidad, aunque con un grado de complejidad curiosamente superior. Es que la confianza es una energía invisible, difusa pero cierta, que integra y sostiene la estructura fundamental de las relaciones personales, desde la intimidad de la relación de uno consigo mismo, hasta las estructuras sociales más complejas. No se trata de una característica más de las relaciones humanas sino de su fundamento mismo, es decir, lo que hace posible que haya sociedad, y aún más allá: que haya identidad personal. La confianza es la condición de la coexistencia.

Sociólogos, economistas, científicos políticos y políticos de profesión o vocación, corredores de bolsa y especialistas en márketing, en recursos humanos y administración, saben que su trabajo depende,

de manera radical, de la confianza. Son conscientes de que cualquier gestión, acción y análisis que quieran llevar a cabo, debe suponer la confianza como elemento estructural. La economía mundial depende de la confianza de los mercados, de los consumidores e inversionistas; la estabilidad política de un país; el éxito de una empresa y de un proyecto; el establecimiento de cualquier otro tipo de relación, todos dependen de la confianza, tanto interna como externa. Dependen de la confianza hacia dentro, es decir, del equipo, y de la confianza hacia fuera, es decir, de la que proyectan hacia otros.

Se utiliza la confianza como referente y medida en todas las ciencias sociales y en todos los ámbitos del conocimiento y de la acción humanos, pero su estructura interna, a pesar de ser fundamental, ha quedado más bien desatendida. La importancia filosófica de la confianza es mayor que la atención que se la ha prestado en la historia. En la práctica se la da por sabida, obvia, evidente por sí misma, como si fuera un concepto transparente, cuando en realidad es uno muy difícil de aprehender en sí, en sus dinámicas internas, sus condiciones, sus posibilidades, su esencia.

Hay algunos conceptos valóricos parecidos a la confianza sobre los que sí se ha escrito cientos

de obras, como la justicia, la verdad o el poder. Esta diferencia no es casual: en primer lugar, todos los conceptos suponen a la confianza, descansan sobre ella. Para que haya justicia, verdad o poder, debe haber confianza. Sin confianza, no es posible siquiera hablar de estos conceptos. ¿Qué sentido tendría hablar de la verdad, por ejemplo, si no se confía en su veracidad? Si no se confía en la justicia, sus medidas serán consideradas pura violencia arbitraria y dejará de ser justicia. En segundo lugar, la confianza se manifiesta en estos conceptos. La confianza de un pueblo se manifiesta en su capacidad para la justicia, es decir, para actuar con eficacia cuando se rompen las normas fundamentales o sus contratos constituyentes. La confianza también se manifiesta en una opinión pública que es informada adecuada y transparentemente acerca de las decisiones que toma el poder político así como de información de los eventos que suceden en el país. En tercer lugar, todos estos conceptos son trabajados en el plano netamente racional, es decir, se establecen las condiciones lógicas para su pertinencia y luego verifican la ocurrencia o no de estas condiciones. Las condiciones lógicas de la verdad racional (la no contradicción, el principio de identidad, etc.) son las que determinan si hay o no verdad, y esto de manera muy clara. Lo mismo

sucede con la justicia y el poder. Sin embargo, con la confianza sucede algo muy diferente, puesto que su lógica trasciende el plano estrictamente racional y se instala en lo afectivo y emocional, aunque sin negar, evidentemente, lo racional. Establecer racionalmente las condiciones de la verdad, la justicia o el poder es una tarea relativamente fácil o clara para su aplicación. Sin embargo, la confianza se mueve en una lógica totalmente diferente, una lógica que incluye lo afectivo, y que no puede ser traducida en leyes estrictamente racionales. No puede haber un silogismo ni un algoritmo verdadero de la confianza, y los que han sido esbozados, no son más que probabilidades, juego de riesgos y oportunidades, que, finalmente, no tienen nada que ver con la confianza. Esa es la riqueza y dificultad del concepto de confianza que, sin negar la razón estricta, va más allá de ella, la trasciende e incluso la orienta en y desde un plano afectivo. La lógica de la confianza es una lógica que integra lo afectivo, emocional y racional. El problema de esto es que en Occidente no estamos acostumbrados a aceptar naturalmente esa integración, sino al contrario, estamos acostumbrados a la disociación del pensar, el sentir, el cuerpo y el alma.

OCCIDENTE Y LA DESCONFIANZA



Nuestra educación occidental, enraizada en la modernidad clásica ha intentado deshacerse, esquivar o reprimir las emociones y los afectos. La verdad objetiva no puede admitir la intromisión de los afectos, las pasiones o emociones. Éstos son considerados como impurezas subjetivas a la hora de hablar acerca de la verdad, la que debería ser absoluta.

Desde el siglo XVII con el nacimiento de la Ciencia Nueva y la universalización del método científico, se intentó poner entre paréntesis las emociones, los sentimientos e incluso los sentidos, por ser erráticos y ambiguos en el proceso de establecer conocimientos ciertos y verdaderos. Para conocer lo objetivo se creía que era necesario eliminar o al menos sospechar de todo residuo subjetivo. Se confirmaba, de este modo, ahora a partir de las ciencias, la vieja sospecha que se tenía sobre la corporalidad: fuente de tentaciones, pecado, pasiones

desordenadas y en adelante también de error. Esta sospecha y desprecio de lo subjetivo dio paso a una disociación casi definitiva del hombre respecto de sí mismo: si quiere conocer la verdad ya sea espiritual o científica, deberá purificarse de su subjetividad y corporalidad; de sus sentidos y emociones. La educación moderna, sobre la que descansa aún la nuestra (al menos en parte), se centrará en esta «purificación» objetivista y disociativa. Esta educación termina siendo de una enorme crueldad tanto personal como interpersonal, por un lado, y emocionalmente engeguecedora, por otro, además de ser aun científicamente incorrecta.

La fuerza con la que se construyó Occidente, y que lo llevó hasta el borde de la destrucción, se obtuvo a partir de la desconfianza, el miedo y la obsesión por la seguridad. Muchos textos fundacionales de la modernidad occidental son textos de explícita desconfianza en uno mismo, en el otro y en el mundo (por ejemplo «El Leviatán» de Hobbes, 1651; *Meditaciones metafísicas* de Descartes, 1641). La duda y la sospecha generalizadas fue el clima; la desconfianza y el miedo, la energía que echó a andar la mecánica personal y social de Occidente. El resultado de este clima y energía resulta ser de una gran violencia del hombre hacia sí mismo, hacia el

mundo y hacia el otro. Podemos pensar que esta violencia se verificó durante las guerras y revoluciones del siglo XX y continúa en las altas estadísticas de depresión y del cambio climático producto del trato irresponsable de los hombres sobre el mundo. Vivimos hasta hoy las consecuencias de una cultura construida en el miedo y la desconfianza.

PODER Y MIEDO



Esta manera de relacionarse consigo mismo, con el vecino y con el mundo, se traduce también en una visión del poder muy específica. El poder, siguiendo el modelo del «Leviatán» de Hobbes, tenía que ser capaz de infundir mucho más miedo aún que el miedo natural con el que vivían los hombres, puesto que sólo el miedo controla a los hombres. Para eso el Leviatán, es decir el Estado, debía contar con una enorme capacidad de violencia, aunque no la ejerciera necesariamente. El poder del Estado se garantiza, bajo esta lógica, por el miedo constante de los hombres. Si los hombres pierden el miedo, el poder perdería gran parte de su eficacia y habría que salir a buscar una nueva fuente de legitimación. Por esta razón, un tipo de poder clásico no puede permitir que perdamos el miedo y el deseo ansioso por la seguridad. Inmersos en el miedo, los seres humanos somos tremendamente manipulables y aceptamos sin cuestionar cualquier

tipo de abuso de poder con tal de sentirnos un poco más seguros.

Bajo esta lógica no sólo el poder central, sino también los poderes y autoridades más directas como los padres, educadores, policías, dependerán del miedo de aquellos que tienen a su cargo para ejercer su pequeña porción de poder. La propaganda más eficaz para mantener el poder incuestionado es la insistencia en la necesidad de seguridad a través del miedo. El miedo y la ansiedad infinita e ilusoria de seguridad absoluta adormecen el sentido de libertad e incluso de la propia dignidad. Reducen la libertad a la posibilidad de elegir entre múltiples opciones de consumo o de instrumentos y dispositivos de seguridad.

Hay que aclarar que el miedo es una fuerza instintiva que, en su medida justa, sana e integrada apunta a desplegar mejores posibilidades de supervivencia. Sin embargo, cuando es amplificadas y utilizada como herramienta política, enceguece y esclaviza.

El miedo enceguecedor es efectivo a corto plazo y destructivo a mediano y largo plazo. Avivar el miedo, la desconfianza y la inseguridad produce el

efecto inmediato de cohesionar a las personas en torno de un poder violentamente protector.

Entonces, se anima, amplifica y exagera la desconfianza sobre algunos objetos de temor, como el inmigrante, el que piensa distinto, el pobre, el extranjero, el caminante sin domicilio fijo e incluso el vecino. Los hombres somos rápidos en embriagarnos de miedo y buscar desesperadamente políticas amenazantes, cruelmente punitivas para saciar nuestra hambre de seguridad, un hambre que se alimenta de su propia hambre. Desde la propaganda nazi hasta la guerra contra el terrorismo de G.W. Bush pueden entenderse según esta lógica.

Se podría explicar todo el terror del siglo XX, con sus más de cien millones de muertes violentas, como un siglo en el que el miedo impuso su manera de relacionarse. La búsqueda de seguridad personal, nacional, racial, histórica requiere de la violencia para establecerse con todo su delirio. La unidad que genera el miedo ante un enemigo común da una sensación de seguridad más tranquilizadora que la mágica convivencia cotidiana con lo incierto y con el extranjero. Pero esa unidad necesita de una violencia que se alimente de sí misma hasta destruir

toda posibilidad de establecer relaciones libres y constructivas, es decir, no esclavizadas al miedo.

El poder existió durante mucho tiempo para conservar una aparente paz social a través del miedo a ese mismo poder. Éste sería utilizado en contra de todos aquellos que vulneraran la convivencia pacífica y solitaria de los hombres, asegurando la paz social. Los hombres, a su vez, temen más al conflicto y la perturbación de su tranquilidad que al poder y sus excesos controlados. La sensación de seguridad al tener un poder capaz de gran violencia protectora hacía que se pasara por alto los excesos de este mismo poder. Incluso era preferible no saber, ocultar, encubrir los excesos y abusos del poder con tal de conservar intacta la sensación de seguridad espiritual, personal, familiar, patrimonial. En ese contexto, para conservar la sensación de seguridad, había que confiar ciegamente en los que tenían el poder.

Pero algo cambió abruptamente en la humanidad. Tal vez motivado por las redes sociales y su luz omnipresente, o debido a un giro espiritual, a un cansancio histórico o a la conciencia del peligro en el que queda la humanidad al fragilizar el planeta y sus recursos.

DEL PODER DE LA VIOLENCIA
AL PODER DE LA CONFIANZA



Nos encontramos en un cambio de época marcado por un despertar respecto del miedo y los abusos de poder. De manera transversal, pareciera que la humanidad está comenzando a desarrollar una suerte de malestar, rechazo, casi diría una alergia ante los abusos de poder. Los excesos del poder, que antes eran considerados un mal menor, casi un costo necesario en la búsqueda de seguridad, hoy comienzan a ser inaceptables. Se está haciendo evidente la ceguera y violencia que producen la pura búsqueda de seguridad. Esa es la ceguera que hizo posible que verdaderos delirantes narcisistas gobernaran vidas y pueblos durante el siglo XX, conduciéndolos a la destrucción de sí mismos, y no sólo eso, sino, además, siendo aceptados como necesarios e incluso en algunos casos, deseables. Líderes políticos, caudillos, gurúes sectarios, dictadores totalitarios y violentos fueron aclamados y justificados durante gran parte del siglo XX en todo el

mundo, sostenidos y alimentados por el miedo y la desconfianza que los pueblos forjaron durante mucho tiempo.

La visión que se tenía del poder se ha ido transformando y es posible que nos encontremos frente a uno de los cambios de paradigma más importantes de la historia. Hasta hace poco la desconfianza y el miedo que produce lo desconocido, el extranjero, la muerte, la condenación, la locura, la enfermedad, la pobreza o la exclusión legitimaban un poder tan violento como ilusorio en la lógica de la seguridad. Hoy, al contrario, es la confianza la que se va imponiendo como recurso imperioso de coexistencia pacífica y garante de la estabilidad política. El paradigma del poder violento que daba la sensación de seguridad, ya proporcionó suficientes muestras de que se presta para el abuso, y la seguridad absoluta que promete es claramente una ilusión. Así nace la necesidad de la confianza como un clima también de seguridad, pero una seguridad distinta a la que ofrece el poder violento y amenazante. La fragilidad de la confianza es su propia garantía y seguridad: si alguien la impone, la exige o la manipula, entonces la destruye.

CONFIANZA Y POLÍTICA



El actual descontento ciudadano, a nivel mundial, es síntoma de una ruptura profunda en la estructura de la sociedad. Esta estructura es la confianza. No está de más recordar que atravesamos por la peor crisis de confianza que se haya tenido en mucho tiempo, probablemente la más profunda desde que la confianza es objeto de medición. Lo preocupante del caso es que sabemos bien que una crisis de confianza desencadena fácilmente una crisis política, económica y social. Es más, toda crisis económica y política comienza a partir de una crisis de confianza.

Hay un mantra contemporáneo en nuestra sociedad que reza «reconstruyamos la confianza» y se repite sobre todo a nivel político, institucional y económico. Sin embargo, la confianza no se reconstruye por decreto. Al contrario, cualquier obligación a confiar, destruye la confianza. La confianza ni siquiera es una realidad que se pueda tratar directamente,

como la luz, que no se puede atrapar ni encerrar, pues hacerlo es eliminarla, oscurecerla. Pero ahí está justamente la misteriosa garantía de la confianza: es extremadamente frágil y esquiva; no se la puede forzar ni manipular pues son formas de destruirla. Al mismo tiempo, todo proyecto político, social, personal, económico, relacional, incluso existencial, depende completamente de ella. Fundamental y escasa, crítica y urgente, la confianza debe marcar la agenda nacional y mundial. Así como hasta hace poco fueron el poder y la seguridad, en adelante será la confianza.

La mayoría de los discursos políticos y sociales suponían, hasta hace muy poco, el barro original de la confianza como un material básico e incuestionable. Hoy sólo los delirantes podrían dar por garantizada la confianza de sus interlocutores. La ciudadanía «empoderada», informada, lúcida, menos temerosa, alérgica a los abusos, quiere volver a los cimientos del contrato social fundamental y cuestionar el paradigma de la confianza. Por eso es necesario problematizar la confianza, desentrañar sus procesos y dinámicas ocultas, su misterio y su milagro. En este mismo sentido es que se hace tan urgente enfrentar esta especie de nueva enfermedad social que es la crisis de la desconfianza, en tanto principio de violencia y deterioro social en todos sus niveles.

CRISIS DE LA CONFIANZA



Todos los estudios que intentan dar cuenta de las distintas realidades sociales a nivel mundial, se encuentran con una crisis generalizada de la confianza: confianza personal, interpersonal e institucional. Insisto: la crisis económica y política por la que atraviesa el mundo es básicamente una crisis de la confianza, y sobre esto no hay discusión. La confianza ha caído a los niveles más bajos de la historia desde que se la mide, pero ¿por qué? La explicación más torpe y miope consistiría en responsabilizar a las personas por tener menos capacidad o disposición para la confianza. Pero no es un problema de capacidad ni disposición, sino que podríamos decir que el paradigma mismo de confianza está cambiando, que no se trata de un nuevo umbral de confianza sino de un nuevo paradigma.

El miedo y la inseguridad a nivel social y existencial han servido durante mucho tiempo para

inducir a confiar ciegamente en los poderes y autoridades, pero esto está cambiando. La confianza ciega, por alguna razón, ya no tiene lugar en la sociedad contemporánea o cada vez lo tiene menos. Es urgente y crítico un análisis de la confianza en todos sus niveles, y no sólo desde el lamento de las instituciones tradicionales que han perdido la confianza de las personas, de sus afiliados, feligreses y de sus equipos. Para esto hay que adentrarse en el misterio de la confianza, en su lógica esquivada pero cierta y radical, en su fragilidad y necesidad tanto existencial como social.

Es evidente que nos encontramos en una coyuntura histórica y mi propuesta consiste en comprenderla a partir de la confianza, su crisis y su nueva perspectiva. Tal vez son las redes sociales, la globalización y transparencia de la información a través de internet u otro motivo, pero algo ha hecho que la estructura de la sociedad esté dando un vuelco.

Así como la escritura dio paso al establecimiento de las grandes civilizaciones, la imprenta prestó las herramientas para una gran crítica y cuestionamiento, creando una nueva manera de mirar el universo: la modernidad. Hoy algo está sucediendo con la existencia de internet. Su transparencia y

universalidad están generando una crisis, pero una crisis que llega al corazón mismo de la civilización y su cohesión interna: una crisis de la confianza.

Pero no hay que tener miedo de las crisis. La palabra misma quiere decir discernimiento y decisión. Crisis viene de la palabra griega *krinô* que significa juzgar, separar, y uno separa y juzga justamente para discernir, orientarse, valorar, cambiar y transformar. Una crisis de confianza es una coyuntura ineludible, por eso hay que volver a mirar la confianza, tomar en serio su crisis, juzgar y discernir.

Es esta crisis la que hace pensar en un nuevo paradigma de confianza. Si pensamos que la actual crisis de confianza coincide con la extrema transparencia que exigen los medios de comunicación actuales, con internet y la conexión cada vez más inmediata de las personas a través de las redes sociales, es porque tal vez hay algo que esta transparencia ha dejado al descubierto. La transparencia ha dejado filtrar la luz hasta esos lugares oscuros donde ocurren hechos que algunos quieren mantener ocultos y en silencio: los abusos.

El abuso laboral, económico, sexual, financiero, social, y todo tipo de abuso obtiene su fuerza

del secreto, del silenciamiento del abuso. La piedra angular del abuso, en cualquiera de sus formas, es el secreto, el silencio, la ambigüedad, la oscuridad. Por eso, el peor enemigo del abuso es la luz, la transparencia, la claridad, la lucidez.

Si el abuso destruye la capacidad para confiar, la transparencia y la luz crean las condiciones para volver a confiar. Esta es la coyuntura que transforma la crisis de la confianza en una oportunidad. Hay que llevar la crisis hasta su extremo para transformar la confianza en una confianza transparente, luminosa, lúcida.

Ante una crisis de confianza como la actual, podemos pensar que la confianza es una utopía y caer en la oscura y delirante tristeza de la desconfianza. Pero la confianza tiene una insistencia equivalente a nuestra necesidad de volver a confiar. Entonces, habrá que exigirle una nueva luz y transparencia. Todos tenemos la sensación de que la humanidad está dando un paso importante respecto de la confianza y de la (in)tolerancia a los abusos.

No se puede vivir humanamente en la desconfianza, pero tampoco en los viejos paradigmas de una confianza ciega. Por eso propongo el de la

confianza desde una perspectiva de la lucidez, marcando una diferencia importante tanto con la desconfianza como con la confianza ciega.

Alguien podría pensar que una confianza con apellido es en realidad una desconfianza disfrazada. Se suele decir que uno confía o no confía, que no hay términos medios ni condiciones. La confianza, suele decirse también, se rompe una sola vez. Esta es la lógica binaria de la confianza/desconfianza que queremos cuestionar para proponer el concepto de confianza en el ámbito del reconocimiento mutuo, la responsabilidad y el cuidado. Se trata de una confianza activa y comprometida consigo misma y con las condiciones que la hacen posible. Por eso la llamo *confianza lúcida*. Es verdad que conceptualmente podríamos llamarla simplemente confianza, confianza en su sentido más fuerte, puesto que estoy convencido de que la confianza verdadera es siempre lúcida. Pero como suele confundirse la confianza con confianza ciega, será necesario hacer la distinción.

LA CONFIANZA LÚCIDA:
UNA PROPUESTA ÉTICA



La necesidad de una confianza cuyo paradigma sea distinto del de la confianza ciega nace exactamente de su crisis. Las propagandas alarmistas que levantan la bandera definitiva de la desconfianza tienen un efecto tranquilizador a corto plazo, pero a mediano y largo plazo son tremendamente destructivas, angustiantes, cancerígenas. Ningún proyecto, empresa ni país, ninguna familia ni relación de amor o de amistad, pueden sobrevivir en la desconfianza. Incluso la identidad de una persona se desintegra en la locura si no es capaz de reconstruir la confianza en sí misma.

Ahora bien, tampoco se puede vivir en la ceguera tanto práctica como emocional de la confianza ciega. Las relaciones y los proyectos también fracasan en la confianza ciega, ya que las personas enceguecidas no pueden contar verdaderamente con los demás, pues no son capaces de verlos, y

nadie se ve a sí mismo sino a través del otro que hace de espejo. Una persona que confía ciegamente en sí misma tampoco puede verse, conocerse, sentir sus límites y posibilidades.

La confianza lúcida es la confianza que se compromete con ella misma, porque sabe que no puede constituirse como un lugar de certezas absolutas ni como un valor que se gana de una vez y para siempre. Es más bien un desafío constante que requiere del coraje necesario para volver siempre a construir y reconstruir las condiciones de la confianza misma. Esto porque la confianza no es una conclusión racional, sino un vínculo afectivo dinámico que sabe y siente, se sabe y se siente desde ella misma.

La confianza lúcida no es un modo natural de relacionarse con los demás ni con uno mismo, sino que se trata de un modelo ético que propongo crear y forjar constantemente si se quiere establecer relaciones humanas e institucionales integradoras, marcadas y jugadas por el cuidado y el respeto activos.

La propuesta ética de la confianza lúcida no descansa en ninguna ideología ni política ni religiosa ni científica. Es una ética que surge del sólo hecho

de estar siendo en el mundo, mundo compartido, es decir, en un espacio junto a y a partir de otros.

La confianza lúcida se escapa de la alternativa occidental entre el individualismo atómico del capitalismo competitivo y la mística fusional comunitarista del socialismo clásico. Ambas posibilidades destruyen el espacio necesario que separa y une a los hombres. El individualismo atómico destruye el espacio en la lejanía infinita de la desconfianza y el comunitarismo lo destruye desde la ilusión de la fusión enceguedora.

Desconfianza y confianza ciega destruyen el espacio necesario que constituye y sostiene la confianza lúcida. La confianza lúcida descansa sobre una ética del espacio de luz que une y separa al mismo tiempo, creando la justa distancia que permite ver sin fusionarse, y así respetarse mutuamente, reconocerse sin perderse de vista, ya sea en la lejanía o en la cercanía.

La confianza lúcida es ética en el sentido más propio de la palabra ética. Ética viene de la palabra griega *éthos*, que significó en un primer momento, espacio, hábitat. Y todo espacio existe gracias a los límites que establece, reconoce y respeta. En este

sentido, la confianza es ética, pero no ideológica ni política ni religiosa, sino una ética que surge del mismo encontrarse en el mundo junto a otros. Este encontrarse es un sentir y sentirse, pensar y posicionarse de manera concreta, espacial. La ética explícita y respeta los límites dentro de los que uno se siente y se encuentra. Estos son los límites que permiten reconocerse a uno mismo a partir de otros.

CONFIANZA CIEGA:
PURA CEGUERA



Cuando se habla de confianza generalmente se habla de confianza ciega, y esto es un error. La confianza ciega se aproxima más a la desconfianza y al miedo que a la confianza propiamente tal o al menos a la confianza lúcida. La confianza ciega es un tipo de desconfianza, pues no se atreve a ver ni a pedir que se hagan presentes los límites y las condiciones; no se atreve a exigir respeto y cuidado en la relación. El miedo y la desconfianza en el otro, en uno mismo y en el mundo, impulsan a establecer relaciones de confianza ciega, bajo la ilusión de la seguridad total, de las certezas absolutas y de la invulnerabilidad. Pero en realidad estas ilusiones son la otra cara de la moneda del miedo y la desconfianza. La confianza ciega es pura ceguera: imposibilidad de ver, de escuchar, de sentir y respetar límites, roles, espacios de intimidad, espacios exclusivos. Y cuando no hay límites claros, entonces los roles pueden fácilmente

ser confundidos, cambiados, difuminados, es decir, pueden «per-vertirse».

La confianza ciega y la desconfianza no se oponen sino que se complementan en su violencia. Son violentas porque no consideran al otro como verdaderamente otro ni consideran al sí mismo como un ser digno, libre y capaz de ver al otro, respetando y haciendo respetar los límites necesarios para ver y para dejarse ver. La confianza ciega es una manera muy clara y común de autoagresión, lo que es tan inaceptable como la agresión a otros.

La confianza jamás puede ser ciega puesto que sólo hay confianza en el contexto de una relación con otro, es decir, con alguien que es reconocido como digno de confianza. Incluso en el caso de la confianza institucional o la confianza en política: aunque no se conozca personalmente a los que ofrecen confianza (o la piden) hay un espacio de reconocimiento donde se juega esa confianza, como los medios de comunicación, internet o las redes sociales (¿nuevas manifestaciones del ágora griega?).

Cuando alguien pide o exige confianza ciega, lo que se está proponiendo, en realidad, es ceguera y espacio propicio para algún tipo de abuso. Incluso

si ese abuso nunca llega a cometerse concretamente, el solo hecho de pedir o exigir confianza ciega es ya un tipo de abuso, puesto que limita la autonomía y la libertad para ver e inhibe las posibilidades de autocuidado.

La confianza ciega es confianza pasiva. Es la simple espera de que el otro no dañe, o al menos no lo haga voluntariamente, y esto no es estrictamente una relación sino una expectativa casi anónima, juego de probabilidades, estadística. Por esto podemos decir que si es ciega, no es verdaderamente confianza. La confianza es activa porque es una relación. No descansa en una relación sino que es ella misma una relación, es decir, un contexto o espacio de luz que permite el encuentro y el reconocimiento mutuo.

LA CONFIANZA LÚCIDA
ES UN ESPACIO



La confianza lúcida no es una característica de algunas relaciones ni su resultado, sino un espacio que hace posible una relación de confianza. Este espacio, para que sea lúcido, es espacio de luz (lucidez viene de *lux*: luz). Entonces, el establecimiento de relaciones de confianza lúcida comienza con la creación y defensa de espacios de luz entre las personas. Ahora bien, la imagen de un espacio de luz es la posibilidad para ver y dejarse ver, para reconocer y ser reconocido.

La confianza lúcida también es un espacio propicio para la escucha activa. Hay una suerte de silencio de la luz en el espacio de lucidez que permite escuchar al otro y ser escuchado. Así como el silencio es condición y posibilidad para que la voz de alguien sea escuchada, así también la luz es condición y posibilidad para que las formas aparezcan y sean reconocidas.

El espacio de lucidez que necesitan las relaciones para que sean relaciones de confianza, es un espacio que pregunta, cuestiona, invita a responder, a dar cuentas de uno mismo ante el otro, a constituirse en responsable. La luz y el silencio del espacio de la confianza lúcida impelen a responder por el otro y por sí mismo, a ser responsable.

Ahora bien, todo espacio está creado por sus límites. Sin límites no hay espacio sino caos e indeterminación, ambigüedad y confusión. Los límites marcan el espacio necesario entre las personas para poder reconocerse y respetarse, cuidarse y comprometerse. Esos límites se legitiman sintiendo el espacio natural que somos: una corporalidad viva que se halla y se orienta en el sentir y pensar. En el cuerpo sentimos el mundo y nos sentimos a nosotros mismos y, lo más importante, a través de él buscamos y hallamos sentido a la vida. Pero no se trata de una sensualidad pulsional fácil y volátil que genera finalmente disociación y angustia, sino del sentido, de la consonancia de mi horizonte con el horizonte del otro desde esa fuerza lúcida que constituye el cuerpo vivido conscientemente.

Los límites del espacio de lucidez surgen en el encuentro con el otro, incluso los límites para ser

transgredidos. Sin otro que me muestre límites yo mismo me desintegro, me pierdo, ya sea en el caos de la ceguera o en el caos de la desconfianza. El otro marca límites y a partir de su presencia reconozco mis propios límites. Insisto: incluso si éstos son transgredidos, deben haber sido establecidos en la presencia del encuentro. Es por esto que los límites no son una conclusión racional sino que se revelan en los afectos, sobre todo durante la primera infancia. Aunque en la madurez se racionalicen, siempre tendrán un carácter afectivo imposible de reducir a un espacio geométrico, lógico, racional. Incluso una guagua de pocos meses toma su distancia para ver y sentir lo que sucede a su alrededor y así poder orientarse desde la persona más afectivamente significativa para ella. Esa relación, relación por excelencia, relación paradigmática de toda otra relación, fuente de lo que algunos llaman apego, es una relación de reconocimiento, no de fusión ciega y tampoco de conocimiento cognitivo. Es una relación de reconocimiento afectivo.

Ahora bien, para que haya reconocimiento es fundamental el espacio, es decir, el silencio, la luz, la distancia y los límites que permiten escuchar, ver, respetar y cuidar al otro. Es necesario aclarar que los límites no son los límites violentos que impiden

la cercanía del amor, del apego, de la intimidad, sino todo lo contrario: sólo la distancia y los límites claros hacen posible que se establezca una relación con otro y que en esa relación yo me vaya configurando como un yo libre y dispuesto a relacionarme con otros, a conocer, escuchar, respetar, amar a otros distintos de mí. Tanto la soledad absoluta como la ilusión de la fusión con el otro eliminan esta posibilidad.

CONFIANZA Y RECONOCIMIENTO



El reconocimiento mutuo está en el origen de una comunidad humana democrática, pero sobre todo está en la base de la integración de la personalidad propia, pues ésta surge de la aceptación y valoración que hace el otro respecto de mí mismo, otro como yo. Yo no soy capaz de sentirme yo mismo, en mi propia piel, individualidad y diferencia, en la eterna y total soledad, sino que necesito que otro me vea, me nombre, me reconozca para así constituirme como yo, y sentirme digno de mí mismo. Esta es la base de la teoría del reconocimiento que extiendo hacia la confianza lúcida, pues sólo puede haber reconocimiento en el contexto de la confianza. Más aún, la confianza no es una simple condición de reconocimiento sino su equivalente.

Para que haya reconocimiento es necesario un espacio y una distancia que permitan ver para

reconocer. Sin espacio no hay diferencia y sin diferencia no hay individualidad. Es por esta razón que el espacio debe ser defendido. No sólo desde un imperativo moral de respeto o cuidado, sino porque el espacio es necesario para que tenga lugar el reconocimiento y así una identidad personal, un yo.

La confianza ciega elimina la distancia, el espacio y los límites que permiten ver y reconocer porque las partes (o una de ellas) se aproximan demasiado, se atropellan, se enceguecen. Sin espacio y límites claros, no hay reconocimiento posible puesto que no hay luz para ver y reconocer. Tampoco hay confianza lúcida posible. En la desconfianza el espacio se hace infinito y no logro reconocer al otro ni reconocirme en él, pues se escapa en la lejanía o la invisibilidad. La confianza lúcida requiere de un espacio justo, espacio de luz que haga posible el reconocimiento mutuo. Espacio siempre frágil y, por lo mismo, un espacio de cuidado.

La confianza lúcida le permite al otro ser él mismo y lo potencia para ello, se compromete con su ser sin intentar modificarlo, reemplazarlo, manipularlo para que sea lo que yo quiero que sea, ni ahogarlo en la paranoia del abandono, la violencia del abuso o del miedo. La confianza lúcida defiende

el espacio para que el otro sea realmente otro y que sea reconocido como tal.

Que haya luz entre las personas significa también que la relación y sus dinámicas son transparentes y pueden ser relatadas a otros sin producir indignación, pena ni escándalo. Si en la confianza se guarda el secreto del otro y de sí mismo es por respeto, cuidado y compromiso y no por miedo ni manipulación. Por eso es necesario que la lucidez de la confianza tome constantemente distancia de sí misma, a partir de su espacio, y la someta a una mirada crítica, como si se tratara de otros. Esta distancia, que no es otra cosa que el espacio propio de la lucidez, permite tomar partido, discernir la realidad, hallarse en el mundo y orientarse. Por eso la confianza lúcida no sólo deja espacio sino que necesita, requiere de la crítica y la autocrítica constantes. La distancia y la crítica constituyen la fuerza de su compromiso lúcido.

La confianza es lúcida mientras exista y se respete el espacio que la posibilita. La ruptura de ese espacio es la ruptura de las condiciones de la confianza. Este espacio se traduce también en roles y lugares específicos a partir de los cuales posicionarse en el espacio: padre, madre, hijo, profesor,

estudiante, primo, sacerdote, político. La luz, la lucidez, es necesaria para ver, reconocer, respetar y defender los roles y espacios de cada uno. La ruptura del espacio, de los límites y roles se llama perversión, justamente porque «per-vierte», da vuelta los límites. La confianza y desconfianza ciegas, así como el abuso, son maneras de romper el espacio de reconocimiento mutuo, el espacio de la confianza lúcida.

CONFIANZA LÚCIDA Y
CORPORALIDAD VIVA



Hay una sabiduría del cuerpo que es necesario recuperar para construir relaciones basadas en la confianza lúcida. Es que el cuerpo es una fuerza lúcida que nos orienta en el mundo entre las personas y las cosas, tiene su espacio, sus límites físicos y no físicos igualmente claros. El cuerpo posee una sabiduría propia porque siente, no porque calcula. A través del cuerpo nos orientamos en el mundo porque nos sentimos a nosotros mismos en él y porque sentimos el mundo mismo a través de nuestro cuerpo. A través del cuerpo nos hallamos, nos encontramos a nosotros mismos en el mundo. Por eso tienen tanto sentido esas extrañas preguntas cotidianas: «¿Cómo te encuentras?» o «¿te hallas en tu nuevo trabajo?» Hallarse es una manera de sentirse en el mundo y ese sentir tiene una sabiduría que hay que escuchar. El problema es que estamos más acostumbrados a validar sólo lo que es calculable, lo que puede ser respaldado con argumentos de costos y beneficios.

Hay una triste ilusión según la cual todo, absolutamente todo, puede entrar en esa lógica económica y ser medido y analizado a partir del cálculo de costos y beneficios, como si la vida fuese un proyecto financiero o inmobiliario. Felizmente esto no es así. Salvo para algunos psicóticos obsesivos, el centro de las decisiones trasciende esa lógica aunque no siempre sabemos cómo ni por qué. Y como no sabemos, entonces la lógica del cálculo intenta reemplazar y ocultar la lógica del sentido, porque el sentido «se siente», no es comprobable ni demostrable. Las decisiones más sanas e integradoras generalmente son tomadas no porque convengan o produzcan más beneficios que costos, sino porque tienen más sentido para la vida.

El problema es que el sentido es algo que se siente y el que lo siente es el yo integrado, cuerpo y alma y no un yo disociado, desdoblado, sumergido en una lógica puramente económica. Nuestra educación pasa por alto, desprecia o desconfía de esta integración del pensar y el sentir y esa desconfianza nos ha hecho un daño importante. La confianza, la amistad, el amor, la alegría no son decisiones en la lógica pura del cálculo de beneficios sino que surgen de y reflejan la integración del pensar y el sentir, de la mente y el cuerpo. Es necesario, urgente,

recuperar la sabiduría orientadora del cuerpo, volver a escuchar al que escucha al mundo, aquel en el que me hallo y me oriento, confío, siento, temo y desconfío.

La confianza lúcida integra la sabiduría del cuerpo. Como esa luz natural de la razón de la que hablaban los medievales (*lumen naturalis rationis*) pero integrándose con el otro sentido divino que es el cuerpo. El cuerpo experimenta y manifiesta confianza y miedo; sabe cuando un roce es amistoso, filial, amoroso o sensual. El cuerpo reconoce las miradas en su mirada, los silencios, los gestos, el respeto de los límites y sus transgresiones y ruptura. El cuerpo es capaz de invitar a otro a entrar en su espacio íntimo y expulsarlo también. Pero para eso es necesario aprender a sentir, identificar lo que sentimos, reconocerlo y orientarnos lúcidamente a partir de este sentir. Pero insisto, no hemos sido educados para integrar la sabiduría del cuerpo, sino al contrario, para su sospecha, desprecio, negación o cultivo instrumental. Sentir, poner nombre a lo que se siente, analizar respetuosamente ese propio sentir, tomar distancia y posicionarse desde ese sentir es un trabajo integrador, es una manera de romper con la disociación moderna en la que sí hemos sido educados y recuperar la herramienta

más natural que tenemos para discernir, orientarnos y decidir.

Es necesario insistir en la distancia que es necesario tomar respecto del otro para poder reconocer, pero también hay que crear un espacio respecto de uno mismo y del propio sentir, puesto que no se trata de seguir los impulsos corporales de cada momento sino de orientarse a partir de ese sentir. Para la orientación se requiere la distancia, el cuestionamiento, la integración y el posicionamiento, el reconocimiento de los referentes significativos y la acción. Sentirse a sí mismo y sentir al otro, tomar distancia de este mismo sentir para discernir, tomar posición y así actuar en el mundo.

CONFIANZA Y FRAGILIDAD



Necesitamos de la confianza porque somos frágiles, vulnerables, porque estamos expuestos a ser heridos o muertos por el solo hecho de estar vivos. Podemos ser engañados, estafados, manipulados, abandonados, abusados por el sólo hecho de entrar en contacto con otros seres humanos. Necesitamos relacionarnos con otros para llegar a ser seres humanos, pero este relacionarnos constituye la posibilidad de la traición. Para eso creamos la confianza.

Estamos hechos de fragilidad y por eso siempre vamos a necesitar confiar. Si fuéramos todopoderosos no necesitaríamos confiar en nadie: todo estaría resuelto. La confianza es necesaria ahí donde hay incertidumbres, fragilidad, riesgo, vulnerabilidad, es decir, donde hay vida. Podemos confiar o no confiar, pero no podemos dejar de ser vulnerables. La fragilidad es el material con el que fuimos forjados

como seres humanos y hay que enfrentar esta fragilidad de alguna manera. Una manera de hacerlo es desconfiando de todo y de todos: cerrando las posibilidades de que otros hieran esta vulnerabilidad o profetizando ese daño.

Si desconfío de todo y de todos y me convengo de que todos me herirán, entonces, elimino la incertidumbre —y la libertad— de la confianza. Cuando daña alguien en quien se confiaba, el daño es aún mayor que si lo comete alguien en quien desconfiaba. Incluso puede ser más dolorosa la traición a la confianza y el caos que provoca esa traición que el daño producido, como si la confianza fuera una realidad en sí.

En efecto, la confianza es una realidad en sí, casi palpable. Me atrevo a decir que la confianza tiene más realidad, más sustancia y peso que muchas cosas físicas con las que nos encontramos cotidianamente, aunque sea más difícil de definir. La confianza es como el clima, el silencio y la luz: se da por obvia y natural y es difícil de mirar, escuchar o analizar directamente. A la luz no se la mira directamente, así como al silencio no se le escucha. Son condiciones para escuchar y para mirar. Por eso son buenas imágenes para hablar de la confianza.

Es difícil de definir y pensar directamente, sin embargo, su ausencia es contundente y caótica y, por último, muy violenta.

La desconfianza y la violencia, mudas y ciegas, son una manera de enfrentar la vulnerabilidad, aunque negándola. Esta negación se realiza transformando el miedo y la angustia que provoca la fragilidad en la ira que produce desconfianza y deseo de que el otro desaparezca, porque así desaparecería la vulnerabilidad propia que queda expuesta ante la presencia del otro. Se trata de una fantasía tan común como destructiva. Siempre la presencia de otra persona me hace más evidente la fragilidad de la vida; la fragilidad de mi propia vida como la de los demás. Entonces, puedo llegar a querer que la otra persona desaparezca, que no se muestre o que no me enrostre la fragilidad. Pero ¿cómo hacer que una persona desaparezca sin ejercer la violencia directa y explícitamente?

Una manera de hacer desaparecer a alguien es objetivándolo, considerándolo un objeto, una cosa, una estadística, pura fuerza productiva. Estas son formas de violencia que no siempre se perciben como tales. La violencia física es la más fácil de notar. Cuando se trata a una persona como si fuera

una cosa, aunque sea sutilmente, hay un tipo de violencia muy destructiva y angustiada, pero que pocas veces se percibe como tal.

Otra manera de enfrentar la fragilidad substancial de la vida es la confianza. Pero, una vez más, no puede ser a través de la confianza ciega, que es otra manera de no ver, de desaparecer o hacer desaparecer al otro eliminando la distancia absolutamente necesaria para el reconocimiento, el respeto mutuo. La confianza lúcida no es violenta, porque no pierde de vista al otro, y esto no es para controlarlo o amenazarlo, sino para recordarle la fragilidad expuesta en la relación, porque la presencia de la vulnerabilidad no debiera empujar al daño en primer lugar, sino a la responsabilidad, al compromiso y al cuidado de uno mismo y del otro.

La confianza lúcida cuando se la explicita, se la hace presente, se la nombra, es un llamado al cuidado, al compromiso y responsabilidad por el otro a partir justamente de la fragilidad y no de la ceguera, la violencia o la omnipotencia. La lucidez exige hacer presente y respetar el espacio reconociendo sus límites, echar luz y clarificar ambigüedades.

La confianza es una manera de lidiar con la vulnerabilidad, porque lo opuesto a la vulnerabilidad no es, como podría pensarse, la invulnerabilidad, sino el cuidado, es decir, la responsabilidad y el compromiso.

CONFIANZA Y PROMESA



Detrás de la confianza, y casi sosteniéndola, hay una promesa, aunque no se la declare ni se la explicita, del que recibe la confianza. El origen de la palabra confianza (*fides*) tiene que ver con una petición de no dañar. El más frágil pide *fides* al más poderoso para que lo proteja, para que no lo dañe, no abuse de él, es decir, se confía en él y le pide poder confiar. Confiar, confiarse o confiar algo a alguien significa tener la esperanza de que ese alguien no hará daño sino que cuidará, respetará, protegerá lo confiado. Puede hacer daño, puede traicionar la confianza que ha sido depositada en él, pero el que confía, espera que no lo hará. ¿Por qué? Porque hay algo en la confianza que crea una promesa de protección, promesa que por supuesto puede ser quebrada.

Hagamos el camino inverso: detrás de toda promesa está implícita la confianza porque una promesa

siempre indica una voluntad de cumplir la palabra. Incluso supone la capacidad de confiar en la palabra y en que esta palabra seguirá siendo la misma. Por eso confiar es, para algunos, una manera de dar cierta estabilidad y sentido a un futuro siempre incierto, siempre imprevisible. La promesa también incursiona en el futuro e intenta darle estabilidad, sentido, confianza.

El que recibe la confianza debe hacerse digno de esa confianza y esta dignidad la otorga la promesa de cuidar y proteger. Pensemos sobre todo en la edad en la que nace la confianza: la primera infancia. El rostro y la desnuda fragilidad del recién nacido es un suave clamor de confianza. Esa fragilidad normalmente compromete al adulto en su cuidado, en la ternura, en la crianza. Esta crianza puede ir formando e integrando al niño tanto en la lucidez, en la confianza lúcida como en la ceguera afectiva, es decir, en la desprotección, en la paranoia, en la violencia.

Por esta razón insisto en la promesa del cuidado, en el compromiso con el más frágil. Esta promesa debe explicitarse, debe hacerse presente, puesto que si la promesa se mantiene siempre implícita

tiende a olvidarse, a despreocuparse, «des-responsabilizarse». La confianza se vuelve confianza lúcida cuando se la pronuncia a modo de promesa, promesa de cuidado es decir, compromiso.

CONFIANZA, SEXUALIDAD Y ABUSO



Los humanos somos seres que estamos dispersos en miles de dimensiones, pero todas estas dimensiones descansan en una profunda unidad personal que, si bien es difícil de describir directamente, es radical. Esta unidad está dada a partir de nuestro querer. Es nuestro querer, nuestra afectividad proyectada hacia el mundo, hacia los demás, hacia el futuro, hacia nosotros mismos, lo que integra la razón y orienta nuestra existencia, nos da unidad y sentido. El querer nos da incluso la fuerza necesaria para vivir, para estar junto a otros, crear y procrear, iniciar proyectos, decidir, luchar por seguir aquello que hemos comenzado. Somos integradamente una inteligencia que siente y un sentido que piensa. Sentir sin pensar o pensar sin sentir nos transforma en seres disociados, «idiotas», fragmentados, delirantes o, simplemente, desorientados. Nuestra orientación existencial más profunda se da a partir de esa brújula secreta y misteriosa

que está en el centro de nuestra afectividad, que es nuestro propio centro.

Es que antes de ser seres estricta y puramente racionales y calculadores, somos seres afectivos: sentimos el mundo incluso antes de pensarlo, y no se trata de un defecto ni un impedimento para el pensamiento claro y distinto como pensaba la psicología clásica. Ha sido un descubrimiento bastante revolucionario del siglo XX y aún no terminamos de comprender todas sus consecuencias. Neuropsiquiatras, filósofos, biólogos, educadores, están recién comenzando a comprender las consecuencias de esta realidad que estaba oculta por la desconfianza que se le tenía a los afectos, los sentimientos, al cuerpo. Occidente forjó gran parte de su poder científico, militar e industrial considerando al cuerpo como una simple herramienta del ser humano, una maquinaria, una cosa entre las cosas respecto de la cual hay que desconfiar, temer y dominar. El ser humano tenía que ser puramente, espíritu o alma y su cuerpo, un instrumento para conocer (ciencia), trabajar (industria) o someter (religión).

Poco a poco, sobre todo viviendo las consecuencias nefastas de la disociación cuerpo alma, y

ayudados por algunos filósofos y científicos, los seres humanos nos hemos ido dando cuenta de que somos seres encarnados y encarnados es como nos hallamos en el mundo y nos orientamos en él. El mundo nos afecta y es el afecto el que nos guía entre los miles y miles de estímulos con que nos encontramos cotidianamente. En el fondo, no es la razón ni el cálculo, ni tampoco el instinto de supervivencia lo que nos orienta en primer lugar, sino el afecto.

Es así como escogemos amigos, pareja, profesión, trabajo, vocación, proyectos, argumentos; es el afecto lo que nos hace luchar por lo que queremos hasta el sacrificio, contra todo cálculo, razones e incluso contra el instinto de supervivencia. Por eso la simple consideración de los afectos y las emociones, la manera integrada de tomar decisiones, es una potente refutación a la triste creencia economicista que dice que todo es mero cálculo de costos y beneficios. Sopesar costos, oportunidades y beneficios en toda decisión es importante, pero lo determinante es el sentido de las decisiones, es decir, aquello que integra nuestro pensar y nuestra afectividad.

Ahora bien, la afectividad siempre es una modalidad de nuestra sexualidad. El centro de nuestra

existencia es afectivo y sexuado. No somos sexuales porque queremos y amamos, sino que amamos y queremos porque somos sexuales en el sentido más amplio: sentimos a los demás y podemos comprometernos con ellos en la creación de proyectos y acciones, nuevos mundos, nuevos seres humanos. Este poder amar, querer y comprometernos, es la manera en que nos orientamos en el mundo y en la existencia. Lo erótico es sólo una manifestación de la sexualidad: la sexualidad es mucho más amplia. Somos seres enteramente sexuales; nuestra identidad es sexual. Es por eso que la sexualidad está tan protegida: física y emocionalmente está puesta en un lugar secreto, íntimo, propio. El centro de la sexualidad es el propio lugar sacro, esencia escondida en uno mismo, escondida y secreta incluso para uno mismo. Este es el centro de nuestra orientación y por eso es tan frágil: es la manifestación más radical de la vulnerabilidad. Por este centro nos orientamos mágicamente hacia lo que nos gusta, nos emociona, nos da sentido, lo que amamos y nos afecta. Por eso se protege tanto la sexualidad, hasta en sus formas más absurdas. (Hay personas que todavía llaman a los genitales las «vergüenzas»). Pero ese centro también es trascendencia. Es el lugar de la trascendencia más radical, puesto que ahí se produce el material vital para crear nuevas

vidas, y en el caso de la mujer, de ahí brota o ahí llega ese íntimo extranjero, que es totalmente otro, infundiendo respeto y cuidado, pero a la vez totalmente propio, despertando el sentimiento de amor más profundo que puede llegar a experimentarse por alguien: el hijo. El hijo llega desde el centro de la existencia transformando ese centro, pura y secreta intimidad, en trascendencia, puente.

Este centro y trascendencia se comparte delicada y cuidadosamente en momentos de suma confianza, respeto y libertad. Sólo así, en ese espacio de confianza, de confianza lúcida, respeto, delicadeza, pasión y entrega, la sexualidad compartida es fecunda y hace crecer y profundizar nuestra humanidad. De lo contrario este centro de la identidad propia se mantiene escondido y protegido dentro de fuertes límites. Sin embargo, el cuerpo también puede fecundar, hacer llegar y recibir a otro sin jamás integrar o compartir ese centro de la intimidad, secreto último del yo, sino que se disocia de sí mismo. Se puede compartir la sexualidad sin compartir el centro trascendente de la intimidad; se pueden trasgredir los límites, romper el espacio, eliminar la luz de la confianza, de la confianza lúcida, se puede herir profundamente el propio centro de la existencia, la brújula personal afectiva que hace

posible la confianza. Esta posibilidad de daño, de daño profundo a uno mismo y a otros crea la urgencia infinita del cuidado y de la lucidez.

Es por esto que el abuso sexual es una agresión radicalmente distinta de todas las demás. No es la propiedad, una pertenencia, dinero ni libertad lo que es violentado, transgredido, herido. Tampoco puede reducirse a lo físico del cuerpo lo que es agredido en el abuso sexual. *El abuso sexual es una intromisión al centro mismo de la corporalidad y de la existencia*, ese centro que marca, condiciona, posibilita y orienta nuestro estar en el mundo junto a otros.

El abuso sexual ocurre cuando alguien, por la fuerza o, incluso más violentamente aún, por el engaño, manipulación, autoridad o aprovechándose de la confianza, traspasa esos límites y entra en la esfera de lo más íntimo y frágil de la propia identidad. Ese traspaso constituye una fractura muy profunda, porque llega a lo más hondo de uno, a la identidad, a la capacidad de discernir la realidad y orientarse en el mundo. Cuando el abuso se da en edad temprana o cuando el abusador tiene algún tipo de poder o autoridad sobre el que abusa (familiar, laboral, religioso, militar), la fractura puede

ser aún mayor. La víctima confiaba en el abusador y el abusador aprovechó esa confianza, la utilizó para sentir placer, transformó a su víctima en un objeto de su placer, la cosificó. Hay ya demasiados casos de suicidios ligados silenciosamente a temas de abuso, depresiones, imposibilidades de confiar, o de establecer vínculos afectivos sanos, rupturas psicológicas, incluso dificultad para discernir la realidad y orientarse.

Hace muy poco tiempo hemos comenzado a darnos cuenta, como sociedad, de la gravedad del abuso sexual: agresión profunda, capaz de confundir los límites entre víctima y victimario, de robarle a la víctima incluso su derecho a ser víctima. Hay culturas, también religiones, en las que aún no se toma plena consciencia de la gravedad del abuso sexual y, sin embargo, el daño, el trauma, la disociación están ahí, es patente. El porcentaje de la sociedad que ha sido víctima de abuso es escalofriante y terapeutas, psicólogos, médicos, abogados y jueces generalmente no saben cómo enfrentarlo. Las consecuencias son muy profundas y la recuperación es una lucha que dura años. La lucha principal es por volver a confiar. El abuso sexual destruye la confianza en otros, puesto que la gran mayoría ocurre en un ambiente familiar o de conocidos cercanos

a la familia, pero también destruye la confianza en uno mismo puesto que produce una gran confusión de límites y de roles hasta el extremo de que el que ha sido víctima puede llegar a sentirse cómplice de su propia herida. Y se suma a todo lo anterior la destrucción de la confianza en las instituciones, ya que éstas no siempre son capaces, pueden o quieren proteger, ni escuchar o hacer justicia. La ruptura de la confianza es la ruptura de la propia humanidad. Como hemos venido diciendo, sin confianza no hay reconocimiento mutuo.

De aquí nace el desafío de construir una confianza que sea factor de protección y no de vulnerabilidad. Las banderas contra la confianza por motivos de abuso, de cualquier tipo de abuso, son la confirmación misma de la condena que el abusador impone a su víctima a través del abuso: «tú no podrás volver a confiar». La confianza lúcida es la ruptura del abuso porque vuelve a dibujar los límites de uno mismo para crear un espacio de luz donde puede entrar otro, reconocerlo y ser reconocido en este espacio y con estos límites.

La confianza es porfiada y resiliente, y en el milagro de su resiliencia adquiere el de la lucidez. A la vez la confianza lúcida que siente, reconoce

y respeta los límites de uno mismo en los límites del otro y exige respeto de estos límites puede ser formada, enseñada, transmitida en el mismo respeto, validación y consciencia de esos límites. Así como el abuso a veces puede ser viral, así también la confianza lúcida, el compromiso y el cuidado pueden serlo.

BIBLIOGRAFÍA

Sosteniendo, dialogando e incluso cuestionando este libro hay muchas obras y autores. Algunos los reconocerán, pero he evitado mezclarlos en el texto para no agobiar con citas y referencias, puesto que no lo he estimado necesario. Nombro a continuación algunas de estas obras y sus referencias para los que quieran seguir con el diálogo, rebatir o profundizar.

- Agamben, Giorgio, *Infancia e historia* [Torino, 1978], traducción de Silvio Mattoni, Ed. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2007.
- Agamben, Giorgio, *El sacramento del lenguaje. Arqueología del juramento*, traducción de Antonio Gimeno Cuspinena, Pre-Textos, Valencia, 2011.
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, [Nueva York, 1948]. Traducción de Ramón Gil Novales, Paidós, Barcelona, 2005.

- Butler, Judith, *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, [Nueva York, 2005]. Traducción de Horacio Pons, Amorrortu, Buenos Aires, 2009.
- Cyrulnik, Boris, *De cuerpo y alma*, [Francia, 2006]. Traducción de Alicia Bixio, Gedisa, Barcelona, 2007.
- Damasio, Antonio, *El error de Descartes. La razón, la emoción y el cerebro humano* [Nueva York, 1994]. Traducción de Joandomènec Ros, Drakatos bolsillo, Barcelona, 2001.
- De Aquino, S. Tomás, *Suma Teológica*, vol. II, BAC, Madrid, 1990.
- De la Boétie, Étienne, *El discurso de la servidumbre voluntaria* [*Le discours de la servitude volontaire*, Francia, 1576], publicado en Petite bibliothèque Payot, Paris, 2002.
- Descartes, R., *Meditaciones metafísicas* [1641]. Traducción de E. López y M. García, Gredos, Madrid, 1988.

- Hegel, G.W.F., *La fenomenología del espíritu*, [1807], tomado de la traducción francesa de Jean Hyppolite, Aubier-Montaigne, Paris, 1946.
- Hobbes, Th., *El Leviatán, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* [1651]. Traducción de Manuel Sartos, FCE, Buenos Aires, 1980.
- Honneth, Axel, *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea*. Traducción de Peter Storandt Diller, FCE, Buenos Aires, 2009.
- Levinas, Emmanuel, *Totalité et Infini, essai sur l'extériorité*, Paris, 1971.
- Luhman, N., *Confianza* [Stuttgart, 1973]. Traducción de Amada Flores a partir de la edición en inglés. Anthropos, Barcelona, 1996.
- Merleau-Ponty, M., *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Paris, 1945.
- Miller, Alice, *El cuerpo nunca miente* [Frankfurt, 2004]. Traducción de Marta Torent López de Lamadrid, Tusquets, Barcelona, 2005.

- Miller, Alice, *El saber proscrito*, [Frankfurt, 1988]. Traducción de Joan Parra Contreras, Tusquets, Barcelona, 2009.
- Miller, Alice, *Por tu propio bien: Raíces de la violencia en la educación del niño* [1980]. Traducción de Juan José del Solar, Tusquets, Barcelona, 1998.
- Möllering, Guido, *Trust: Reason, Routine, Reflexivity*, Elsevier, Amsterdam, 2006.
- Patočka, J., *Papiers phénoménologiques*, colección textos establecidos y traducidos al francés por Erika Abrams, Jérôme Millon, col. Krisis, Grenoble, 2005.
- Patočka, J., *Libertad y sacrificio. Escritos políticos* [Jan Patočka Archive, Praga 2002]. Traducción de Iván Ortega Rodríguez, Ed. Sígueme, Salamanca, 2007.
- Ricoeur, Paul, *Caminos del reconocimiento. Tres estudios* [Paris, 2004]. Traducción de Agustín Neira, FCE, México, 2006.

- Serres, Michel, *Temps de crises*, Ed. Le Pomnier, París, 2009.
- Servet, Jean-Michel, «Confianza», *Revista Valenciana d'Estudis Autònoms*, Número 22, pp. 167-179, primer semestre 1998.
- Trías, Eugenio, *La política y su sombra*, Anagrama, Barcelona, 2004.

Este libro se terminó de imprimir
en abril de 2012
en Andros Impresores

“La confianza ciega ya no tiene lugar en la sociedad contemporánea. En tanto, la confianza lúcida se trata de una confianza activa y comprometida consigo misma y con las condiciones que la hacen posible.”

“Necesitamos de la confianza porque somos frágiles, vulnerables, porque estamos expuestos a ser heridos o muertos por el sólo hecho de estar vivos. Podemos ser engañados, estafados, manipulados, abandonados, abusados, por el sólo hecho de entrar en contacto con otros seres humanos. Necesitamos relacionarnos con otros para llegar a ser seres humanos, pero este relacionarnos constituye la posibilidad de la traición. Para eso creamos la confianza”.





José Andrés Murillo U. es doctor en filosofía política por la Universidad de Paris VII y magíster en sociología del poder por la misma universidad. En su carrera académica y profesional se ha dedicado a temas como el poder, el abuso y el buen trato. Entró en la escena pública cuando denunció los abusos de un poderoso sacerdote chileno. A través de “Fundación para la confianza” aporta sus conocimientos y experiencia para prevenir el abuso sexual en niños y jóvenes.

Este libro surge como una declaración de principios según la cual ningún abuso tiene derecho a robar lo más preciado del ser humano: el derecho a confiar en otros y en uno mismo.

Agradecemos el que la confianza es porfiada y resiliente, y en el milagro de su resiliencia adquiere el de la lucidez. Así como el abuso a veces puede ser viral, así también la confianza lúcida, el compromiso y el cuidado pueden serlo.



ISBN 978-956-8601-99-7

